

Murat, tan amigo del fausto, fué enterrado sin pompa en Pizzo, en una de esas iglesias cristianas cuyo seno caritativo recibe compasivamente las cenizas de todos.

LA SEÑORA RECAMIER VUELVE A FRANCIA. — CARTA DE LA SEÑORA DE GENLIS. — CARTAS DE BENJAMÍN CONSTANT. — ARTÍCULOS DE BENJAMÍN CONSTANT AL REGRESO DE BONAPARTE DE LA ISLA DE ELBA. — LA SEÑORA DE KRÜDENER. — EL DUQUE DE WÉLLINGTON. — VUELVO A ENCONTRAR A LA SEÑORA RECAMIER. — MUERTE DE MADAMA DE STAEL. — LA ABADÍA DEL BOSQUE.

La señora Recamier, de vuelta a Francia, pasó por Roma en los momentos en que el papa regresaba a ella. En otro lugar de estas *Memorias* hemos visto a Pío VII conducido, después de ser puesto en libertad en Fontainebleau, hasta las puertas de San Pedro. Murat, con vida aún, iba a desaparecer, y Pío VII aparecía de nuevo. Detrás de ellos Bonaparte estaba herido: la mano del conquistador dejaba caer al rey y encumbraba al pontífice.

Pío VII fué recibido con gritos que conmovían las ruinas de la ciudad de las ruinas. Se desengancharon los caballos de su carruaje, y la multitud le llevó hasta las gradas de la iglesia de los Apóstoles. El padre santo nada oía ni veía: su espíritu estaba en éxtasis; tenía el pensamiento lejos de la tierra, y sólo se levantaba su mano sobre el pueblo por la tierna costumbre de las bendiciones. Entró en la Basílica al ruido de los clarines y al cántico del *Te Deum*, entre las exclamaciones de los suizos de la religión de Guillermo Tell. Iba vestido con un ropaje blanco; y sus cabellos, que aun se conservaban negros, a pesar de los infortunios y de los años, formaban contraste con la palidez del anacoreta. Así que llegó al sepulcro de los Apóstoles, se prosternó de rodillas, quedándose hundido, inmóvil y como muerto en los abismos de los consejos de la Providencia. La emoción era profunda: algunos protestantes, testigos de aquella escena, lloraban de ternura.

Pío VII sobrevivió al emperador, y vió volver al Vaticano las obras maestras, amigos fieles que le habían acompañado en su destierro. De regreso de su persecución, el pontífice septuagenario, prosternado bajo la cúpula de San Pedro,

mostraba a la vez toda la debilidad del hombre y la grandeza de Dios.

Al pasar la señora Recamier los Alpes de la Saboya, encontró en el puente de Beauvoisin la bandera y escarapela blancas. Las procesiones del Corpus, que recorrían las ciudades, parecían haber vuelto con el monarca cristianísimo. La viajera llegó a Lyon cuando tenía lugar una fiesta por la Restauración. El entusiasmo era sincero. Al frente de los regocijos estaban Alejo de Noailles y el coronel Clary, cuñado de José Bonaparte. Lo que se afirma hoy de la frialdad y tristeza con que fué acogida la legitimidad en la primera Restauración es una mentira impudente. La alegría fué general en las distintas opiniones, aun entre los convencionalistas, y hasta los imperialistas, si se exceptúan los soldados: su noble orgullo padecía con aquellos reveses. Hoy, que ya no se siente el peso del gobierno militar, y que se han despertado las vanidades, es preciso negar los hechos, porque no se concilian bien con las teorías de la actualidad. Conviene a un sistema que la nación haya recibido con horror a los Borbones y que la Restauración haya sido una época de opresión y de miseria. Esto conduce a tristes consideraciones sobre la naturaleza humana. Si los Borbones hubiesen tenido el gusto y la fuerza de oprimir, se podían lisonjear de haber conservado por largo tiempo el trono. Las violencias e injusticias de Bonaparte, peligrosas para su poder en apariencia, le sirvieron en realidad. Nos espantamos de las iniquidades; pero nos forjamos de ellas una gran idea y estamos dispuestos a mirar como un ser superior al que se coloca sobre las leyes.

Madama de Staël, que llegó a París antes que la señora Recamier, le escribió muchas veces; pero sólo este billete llegó a sus manos:

«París, 20 de mayo de 1814.

»Estoy avergonzada de encontrarme en París sin usted, querido ángel de mi vida: le pregunto sus proyectos. ¿Quiere que la reciba en Coppet, en donde pienso permanecer cuatro meses? Después de tantos padecimientos, mi más dulce perspectiva es usted, y mi corazón le está consagrado para siempre. Una palabra sobre su marcha y su llegada. Espero esa palabra para saber lo que he de hacer. Le escribo a Roma, a Nápoles, etc.»

La señora de Genlis, que nunca había tenido relaciones con la señora Recamier, se apresuró a aproximarse a ella. He encontrado en un pasaje la expresión de un deseo que, al realizarse, habría ahorrado al lector mi narración.

«11 de octubre.

»Aquí tiene usted, señora, el libro que he tenido el honor de ofrecerle. He marcado las cosas que deseo lea usted... Venga, señora, a contarme su historia en estos términos, como se hace en las novelas. Después le pediré que la escriba en forma de memorias, que estarán llenas de interés, pues desde los primeros años se ha visto usted arrojada, con una figura encantadora y un ánimo dotado de tacto y penetración, en medio de aquellos torbellinos de locura y error, y todo lo ha visto, conservando durante aquellas borrascas sentimientos religiosos, un alma pura, una vida sin mancha, un corazón sensible y fiel a la amistad, sin envidia ni pasiones rencorosas, razones todas que le harán describir todo con los colores más verdaderos. Es usted uno de los fenómenos de esta época, y, por cierto, el más amable.

»Me enseñará sus memorias: su mucha experiencia le ofrecerá algunos consejos, y hará una obra útil y deliciosa. No vaya usted a responderme: *No me siento capaz*, etc., porque nunca la dejaré pasar esos lugares comunes, que son indignos de su talento. Usted puede echar, sin remordimiento, una mirada al pasado, cosa que en todo tiempo es el derecho más bello de todos, y en el que estamos inapreciables. Aprovechélo para instrucción de la joven que está educando, pues será para ella el mayor beneficio de usted.

»Adiós, señora: permítame decirle que la amo y le abrazo con toda mi alma.»

Ahora que hallamos en París a la señora Recamier, voy a encontrar de nuevo, por algún tiempo, a mis primeros guías.

La reina de Nápoles, inquieta por las resoluciones del congreso de Viena, escribió a la señora Recamier para que le proporcionase un hombre capaz de tratar de negocios en Viena. La señora Recamier se dirigió a Benjamín Constant, rogándole redactara una memoria. Esta circunstancia tuvo sobre el autor de dicho trabajo una influencia desastrosísima, y un sentimiento borrascoso fué la con-

secuencia de una entrevista. Bajo el imperio de ese sentimiento, Benjamín Constant, ya violento antibonapartista, como se ve en *El Espíritu de conquista*, expuso opiniones cuyo curso no tardaron en cambiar los sucesos. De ahí provino una reputación de movilidad política funesta para los hombres de Estado.

La señora Recamier, sin dejar de admirar al emperador, había permanecido fiel a su aversión contra el opresor de nuestras libertades y contra el enemigo de madama de Staël. Referente a lo que tocaba a ella misma, ni siquiera pensaba en ello, y habría hecho muy poco caso de su destierro. Las cartas que Benjamín Constant le escribió en aquella época podrán servir de estudio, si no del corazón humano, a lo menos de la cabeza humana: se ve en ellas todo lo que un espíritu irónico y novelesco, serio y poético podía hacer de una pasión. Rousseau no es más verdadero; pero una a sus amores de imaginación una melancolía sincera y un ilusión verdadera.

Entretanto Bonaparte había desembarcado en Cannes, y empezaba a hacerse sentir la perturbación de su proximidad. Benjamín Constant envió este billete a la señora Recamier:

«Perdone si aprovecho la oportunidad para molestarla; pero la ocasión es harto favorable. Mi suerte quedará decidida seguramente dentro de cuatro o cinco días, pues aun cuando le complaciera en no creerlo para disminuir su interés, soy ciertamente con Marmont, Chateaubriand y Lainé uno de los cuatro hombres más comprometidos de Francia. Por lo tanto, es indudable que, si no vencemos, dentro de ocho días estaré o proscrito y fugitivo, o en un calabozo o fusilado. Concédame, pues, durante los dos o tres días que precedan a la lucha, la mayor parte de tiempo y el mayor número de horas que le sea posible. Si muero, tendrá un placer en haberme hecho ese bien, y, en el caso contrario, sentiría usted haberme afligido. Mi sentimiento por usted es mi vida: una señal de indiferencia me haría más daño que pudiera hacerme dentro de cuatro días mi sentencia de muerte. Y cuando conozco que el peligro es un medio de obtener de usted una prueba de interés, sólo alegría me causa.

»¿Le ha contentado mi artículo, y sabe lo que dicen de él?»

Benjamín Constant tenía razón, y estaba tan comprometido como yo: afiliado a Bernadotte, había servido contra Bonaparte, y había publicado su escrito de *El Espíritu de conquista*, en el que trataba al tirano peor de lo que yo lo hacía en mi folleto *De Bonaparte y de los Borbones*. Escribiendo en los periódicos, llevó su riesgo al más alto grado.

El 19 de marzo, en los momentos en que Napoleón se hallaba a las puertas de la capital, fué bastante enérgico para firmar en el *Diario de los Debates* un artículo que terminaba de este modo: «No iré, como un miserable transfuga, a arrastrarme de un poder a otro, cubriendo la infamia con el sofisma, y a tartamudear palabras profanas para rescatar una vida vergonzosa.»

Benjamín Constant escribía a la que le había inspirado esos nobles sentimientos: «Me alegro de que mi artículo haya aparecido: así no se podrá poner hoy en duda mi sinceridad. Tengo en mi poder una carta que me escriben después de haberlo leído: si recibiese otra semejante de otra persona, subiría gozoso al cadalso.»

La señora Recamier se ha reprochado siempre haber ejercido, sin quererlo, una influencia semejante sobre un destino digno de respeto. Nada es, en efecto, más triste que inspirar a caracteres veleidosos esas resoluciones enérgicas, que son incapaces de sostener.

Benjamín Constant desmintió el 20 de marzo su artículo del 19. Después de dar algunos rodeos para alejarse, volvió a París, y se dejó seducir por Napoleón. Nombrado consejero de Estado, borró sus generosas páginas, trabajando en la redacción del *Acta adicional*.

Desde entonces llevó en su corazón una herida secreta, y no arrojó con seguridad la opinión de la posteridad: su vida triste y marchita no contribuyó poco a su muerte. ¡Dios nos libre de echar en cara miserias de que no están exentas las naturalezas más elevadas! El cielo no nos concede talentos sino asociando a ellos debilidades, expiaciones ofrecidas a la pequeñez y a la envidia. Las debilidades de un hombre superior son esas víctimas negras que la antigüedad sacrificaba a los dioses infernales, y, a pesar de las cuales, éstos nunca se dejaban desarmar.

La señora Recamier había permaneci-

do durante los Cien Días en Francia, en donde la reina Hortensia la invitaba a quedarse: la reina de Nápoles, por el contrario, la ofrecía un asilo en Italia. Transcurrieron los Cien Días. La señora de Krüdener siguió a los aliados que habían llegado de nuevo a París. Esta había caído de la novela en el misticismo, y ejercía una gran influencia en el ánimo del emperador de Rusia.

La señora de Krüdener vivía en una casa del barrio de Saint-Honoré, que tenía un jardín que se extendía hasta los Campos Eliseos. Alejandro entraba de *incógnito* por una puerta del jardín, y aquellas conferencias político-religiosas concluían por fervientes oraciones. La señora de Krüdener me invitó a una de aquellas hechicerías celestes; pero yo, el hombre de todas las quimeras, tengo el odio del desvarío, la abominación de lo nebuloso y el desdén de las puerilidades: no podemos ser perfectos. La escena me fastidió: cuanto más quería yo orar, tanto más sentía la aridez de mi alma. No encontré nada que decir a Dios, y el diablo me impulsaba a reír. Me agradaba más la señora de Krüdener cuando, rodeada de flores y habitando todavía en esta tierra, componía *Valeria*. Únicamente pensaba en que mi antiguo amigo, señor Michaud, mezclado de una manera bastante extraña a aquel idilio, no tenía mucho de pastor, a pesar de su nombre. La señora de Krüdener, convertida en serafín, procuraba rodearse de ángeles, como lo demuestra este billete de Benjamín Constant a la señora Recamier:

«Jueves.

»Voy a cumplir, con cierto embarazo, una comisión que acaba de darme la señora de Krüdener. Esta le ruega a usted que vaya lo menos hermosa que le sea posible, pues dice que usted deslumbra a todo el mundo, y que por este motivo están turbadas todas las almas, y se hace imposible la atención. No puede usted desprenderse de su encanto; pero no trate de realzarlo. Muchas cosas podría añadir acerca de la persona de usted con este motivo; mas no tengo valor para ello. Puede uno dejar campar su ingenio sobre el encanto que agrada; pero no sobre el que mata. La veré dentro de poco: usted me ha indicado la hora de las cinco; pero no volverá hasta las seis, y no podré hablarle una pala-

bra. Trataré, sin embargo, de ser también amable esta vez.»

¿No aspiraba también el duque de Wellington al honor de atraerse una mirada de Julieta? Una de sus cartas, que copio a continuación, sólo es curiosa por su firma:

«París, 13 de enero.

»Confieso, señora, que no siento mucho que los negocios me impidan ir a su casa después de comer, puesto que cada vez que la veo me separó de usted más penetrado de sus bellas prendas y menos dispuesto a conceder mi atención a la política. Pasaré por su casa mañana, al regresar de casa del abate Sicard, en caso de que se encuentre usted en ella, y a pesar del efecto que estas peligrosas visitas producen en mí.

»Su muy fiel servidor,

WELLINGTON.»

Al entrar el general Wellington en casa de la señora Recamier, de regreso de Waterloo, exclamó: «¡Bien le he batido!» En un corazón francés su triunfo le habría hecho perder de vista la victoria, aun cuando nunca hubiera podido aspirar a ella.

En una época dolorosa para el renombre de Francia fué cuando volví a hablar a la señora Recamier: en la época de la muerte de madama de Staël. La autora de *Delfina*, a su regreso a París después de los Cien Días, había vuelto con la salud quebrantada. La había yo visto en su casa, y en la de la duquesa de Duras. Empeorando poco a poco su estado, se vió precisada a guardar cama. Una mañana fuí a su casa, calle Royal, y vi que las puertas-ventanas estaban abiertas en sólo una tercera parte: el lecho, próximo a la pared del fondo de la habitación, no dejaba más que un espacio entre cama y pared a la izquierda: las cortinas recogidas sobre las varillas formaban dos columnas a la cabecera. Madama de Staël, medio sentada, estaba sostenida por almohadas. Me acerqué, y, luego que mi vista se fué acostumbrando a la obscuridad, distinguí a la enferma. Una ardiente calentura animaba sus mejillas; su hermosa mirada tropezó conmigo en la obscuridad, y me dijo: «Buenos días, my dear Francis: sufro,

pero eso no me impide amarle»: y al pronunciar estas palabras, me alargó su mano, que yo estreché y besé. Al levantar la cabeza, vi al lado opuesto de la cama, en el espacio entre ésta y la pared, cierta cosa blanca y delgada que se levantaba; era el señor de Rocca, con el rostro descompuesto, las mejillas hundidas, los ojos llorosos, la tez indefinible: se estaba muriendo; yo no lo había visto, ni lo he vuelto a ver más. No abrió la boca, y sólo se inclinó al pasar por delante de mí; no se oía el ruido de sus pasos, y se alejó como una sombra. Cuando llegó a la puerta se volvió hacia el lecho para contemplar a madama de Staël. Aquellos dos espectros que se contemplaban en silencio, pálido el uno y en pie, y el otro sentado y teñido con el color de una sangre próxima a bajar y helarse en el corazón, hacían estremecer.

Pocos días después madama de Staël cambió de habitación, y me convidó a comer en su casa, calle Nueva de Mathurins. Fuí y ella no estaba en el salón, ni pudo siquiera asistir a la comida; pero ignoraba que la hora fatal estuviese tan próxima. Nos pusimos a la mesa, y yo me hallé sentado al lado de la señora Recamier. Hacía doce años que no la había visto, y aun entonces no la vi más que por un momento. Yo no la miraba, ni ella a mí; no cambiábamos una sola palabra; al terminarse la comida me dirigió tímidamente algunas palabras sobre la enfermedad de madama de Staël. Volví un poco la cabeza, y levanté los ojos. Temería hoy profanar por la boca de mis años un sentimiento que conserva en mi memoria toda su juventud y cuya belleza aumenta a medida que mi vida se retira. Aparto mis ancianos días para descubrir detrás de ellos apariciones celestes, para escuchar desde lo profundo del abismo las armonías de una región más feliz.

Madama de Staël murió. La última carta que escribió a la señora de Duras estaba trazada en gruesas letras, mal colocadas, como las de un niño. Había en ella una palabra afectuosa para Francis. El talento que expira abarca más que el individuo que muere: es un desconsuelo general de que está herida la sociedad: todos en el mismo instante sufren la misma pérdida.

Con madama de Staël se hundió una parte considerable de la época en que yo he vivido: esas brechas que una inteli-

gencia superior forma en un siglo al caer, no vuelven a cerrarse jamás. Su muerte me causó una impresión particular, a la que se mezclaba una especie de misteriosa sorpresa; en casa de aquella mujer ilustre fué donde conocí a la señora Recamier, y después de muchos días de separación, madama de Staël reunía dos personas viajeras que habían llegado a ser casi extrañas una para otra, dejándoles en una comida fúnebre su recuerdo y el ejemplo de su cariño inmortal.

Fuí a ver a la señora Recamier a la calle Baja de Rempart, y luego a la calle de Anjou. Cuando uno se encuentra unido de nuevo a su destino, cree no haberse apartado nunca de él; la vida, según la opinión de Pitágoras, no es más que una reminiscencia. ¿Quién no recuerda en el curso de sus días ciertas pequeñas circunstancias indiferentes a todos menos al que las recuerda? En la casa de la calle de Anjou había un jardín, y en el jardín un cenador de tilos, por entre cuyas hojas divisaba yo un rayo de luna cuando esperaba a la señora Recamier: ¿no se me figura que ese rayo es para mí, y que si fuera bajo los mismos árboles volvería a hallarle? Nada me acuerdo del sol que he visto brillar sobre muchas frentes.

Me encontraba en el momento de verme obligado a vender mi posesión de *La Vallée-aux Loups*, que tenía alquilada la señora Recamier por mitad con el señor de Montmorency.

Apremiada más y más la señora Recamier por la fortuna, se retiró inmediatamente a la Abadía del Bosque.

La duquesa de Abrantes habla así de aquella mansión:

«La Abadía del Bosque, con todas sus dependencias, sus hermosos jardines y sus grandes claustros, donde jugaban niñas de todas edades, de mirada serena y traviesas conversaciones, no era conocida sino como una santa morada a la que una familia podía confiar su esperanza, y aun así sólo era conocida por las madres que tenían un interés más allá de su elevada pared. Pero cuando la hermana María había cerrado la puercecita coronada de un ático, límite del santo dominio, se atravesaba el gran patio que separa el convento de la calle, no sólo como un terreno neutral, sino extranjero.

»Ahora no sucede lo mismo; el nom-

bre de la Abadía del Bosque se ha hecho popular, y su renombre es general y familiar a todas las clases.

»¿De dónde adquirió en tan corto tiempo una fama tan positiva, un renombre tan conocido? ¿Veis dos ventanitas allí arriba en lo alto, encima de las ventanas de la escalera grande? Son de una de las pequeñas habitaciones de la casa. Pues bien, de su recinto ha sido de donde ha tomado origen el renombre de la Abadía del Bosque.

»Cuando desde el interior de su calabozo entrevió Coudert el cadalso, ¿de quién invocó la compasión? «Ve a casa de la señora Recamier — dijo a su hermano —, y dile que soy inocente ante Dios... ella comprenderá este testimonio...» Y Coudert se salvó. La señora Recamier asoció a su acto liberal a aquel hombre que posee al mismo tiempo el talento y la bondad; el señor Ballanche secundó sus pasos, y el patíbulo devoró una víctima menos.

»Era casi una maravilla ofrecida al estudio del espíritu humano aquella celda, a la que una mujer, cuya reputación es más que europea, había ido a buscar descanso y un asilo conveniente. El mundo se olvida con frecuencia de los que no se acomodan ya a sus festines; pero no lo hizo así con la que en otro tiempo, en medio de sus mismos placeres, escuchaba más bien un lamento que los acentos del regocijo. No sólo el cuarto del tercer piso de la *Abadía del Bosque* fué siempre el objeto de las excursiones de los amigos de la señora Recamier, sino que, como si el prestigio de aquella hada hubiera suavizado la fatiga de la subida, aquellos mismos extranjeros que reclamaban como un favor ser admitidos en el elegante salón de la *Chaussée d'Antin*, solicitaban aún la misma gracia. Era para ellos un espectáculo tan notable como cualquiera cosa extraña de París ver en un espacio de veinte pies de largo por diez de ancho todas las opiniones reunidas bajo la misma bandera, marchando en paz y dándose casi la mano. El vizconde de Chateaubriand refería a Benjamín Constant las maravillas desconocidas de la América. Mateo de Montmorency, era tan respetuosamente atento con la señora Bernadotte, que iba a reinar en Suecia, como lo habría sido con la hermana de Adelaida de Saboya, hija de Humbert, de las blancas Manos, aquella viuda de Luis el Gordo, que se casó con uno de sus antepasados.

»Cuando volví a ver a la señora Recamier en aquel cuarto, volvía yo de París, de donde había estado ausente bastante tiempo. Iba a pedirle un favor, y me acercaba a ella con confianza. Ya sabía yo por amigos comunes de ambos el grado de fuerza a que había llegado su valor; pero yo no lo tuve al verla allí en aquella elevada habitación, tan serena y tranquila como en los dorados salones de la calle de Mont-Blanc.

»¡Ay! — dije entre mí —; siempre padecimientos. Y mis ojos humedecidos se fijaron en ella con una expresión que debió comprender. ¡Ay! mis recuerdos salvaban los años y abarcaban lo pasado. Aquella mujer, azotada siempre por la tempestad, aquella mujer a quien la fama colocó sobre la corona de flores del siglo, hacía diez años que veía su vida cercada de dolores, cuyo choque hería a golpes redoblados su corazón y la mataba...

»Ya se ha visto que en aquella habitación de la Abadía del Bosque se agitaban otros intereses que los literarios, y que los que sufrían podían dirigir a ella sus miradas de esperanza. Con la investigación constante en que me encuentro hace algunos meses de todo lo que tiene relación con la familia del emperador, he hallado algunos documentos que no me parecen fuera del caso en este momento.

»La reina de España se veía en la petición absoluta de volver a Francia, y escribió a la señora Recamier rogándola se interesase en la petición que hacía de ir a París. El señor de Chateaubriand se hallaba a la sazón en el ministerio; y la reina de España, conociendo la lealtad de su carácter, tenía gran confianza en el buen éxito de su pretensión. Sin embargo, la cosa era difícil, porque había de por medio una ley que condenaba a toda aquella familia desgraciada, hasta en sus individuos más virtuosos.

»El capitán Roger, otro Coudert, había sido sentenciado a muerte. La señora Recamier me asoció a su obra piadosa para salvarle. Benjamín Constant había intercedido también en favor de aquel compañero de Carón, y entregado al hermano del sentenciado la carta siguiente para la señora Recamier:

«Nunca me perdonaría, señora, el estarle molestando constantemente; pero no es culpa mía si hay sin cesar sentenciados a muerte. Esta carta le será entregada por el hermano del desgraciado

Roger, condenado con Carón. Esta historia es la más odiosa y más conocida: El nombre sólo pondrá al señor de Chateaubriand al corriente del hecho. El es bastante feliz para ser, a la vez, el primer talento del ministerio, y el único ministro durante cuya permanencia en el poder no haya corrido sangre. Nada tengo que añadir, y me remito por completo a su corazón de usted. Muy triste es no tenerle que escribir sino para asuntos dolorosos; pero sé que me perdona, y tengo la seguridad de que añadirá usted un desgraciado más a la numerosa lista de los que ha salvado.

»Le saluda con el más tierno respeto.

»B. CONSTANT.»

París, 1.º de marzo de 1823.

Quando el capitán Roger fué puesto en libertad, se apresuró a manifestar su reconocimiento a sus bienhechores. Una tarde me encontraba yo en casa de la señora Recamier, como de costumbre, cuando se presentó de repente aquel oficial, diciéndonos con acento del Mediodía: «A no ser por su intercesión, mi cabeza habría rodado sobre el cadalso.» Nos quedamos estupefactos, porque habíamos olvidado nuestros merecimientos; pero él exclamó, colorado como un gallo: «¿No se acuerdan ustedes? ¿No se acuerdan ustedes?...» En vano dábamos mil excusas por nuestra falta de memoria: se marchó, sonando las espuelas, furioso de que no recordásemos nuestra buena acción, como si hubiera tenido que reprocharnos su muerte.

La duquesa de Abrantes, cuyo ataúd he saludado en la iglesia de Chaillot, ha descrito solamente la morada que habitaba la señora Recamier: yo voy a pintar el asilo solitario. Un corredor obscuro separaba dos piezas pequeñas, pareciéndome que este vestíbulo estaba iluminado por una claridad suave. Adornaban la alcoba una biblioteca, un arpa, un piano, el retrato de madama de Staël y una vista de Coppet a la luz de la luna; en las ventanas había algunos tiestos de flores. Cuando cansado de haber subido tres pisos entraba en aquella celda a la caída de la tarde, no podía menos de entusiasmarme; las ventanas daban al jardín de la Abadía, por cuya verde alfombra paseaban las religiosas y corrían las pensionistas. A la altura de la vista llegaba la cima de una acacia: agudos cam-

panarios rasgaban el cielo y se divisaban en el horizonte las colinas de Sèvres. El sol, al ponerse, doraba el panorama y penetraba por las ventanas abiertas. La señora Recamier estaba sentada al piano; tocaban el avemaría: los sonidos de la campana, que parecía llorar la tarde que moría, «*il giorno pianger che si muore*», se mezclaban a los dulces acentos de la invocación a la noche de *Romeo y Julieta*, de Steibelt. Algunos pájaros iban a recogerse en las celosías levantadas, y yo buscaba el silencio y la soledad por encima del tumulto y el ruido de una gran población.

Al darme Dios aquellas horas de paz me indemnizaba de mis horas de agitación, y me dejaba entrever el próximo reposo que cree mi fe y llama mi esperanza. Molestado por fuera por mis ocupaciones políticas o disgustado por la ingratitude de la corte, me espera en el interior de aquel retiro la calma del corazón como la frescura de los bosques al salir de una llanura abrasadora. Yo hallaba la serenidad al lado de una mujer, cuya tranquilidad se extendía a su alrededor, sin que fuese por eso demasiado igual, porque pasaba a través de sentimientos profundos. ¡Ay! los hombres que encontré en casa de la señora Recamier, Mateo de Montmorency, Camilo Jordán, Benjamín Constant, el duque de Laval, fueron a reunirse a Hingant, Joubert, Fontanes, otros ausentes, de otra sociedad también ausente. Entre esas amistades sucesivas aparecieron jóvenes amigos, vástagos primaverales de una añosa selva en donde la poda es eterna. Les ruego, y ruego al señor Ampère, que leerá esto cuando yo haya desaparecido; a todos les pido que me dediquen un recuerdo: les entrego el hilo de mi vida cuyo cabo deja escapar Lachesis de mi huso. Mi inseparable compañero de marcha, señor Ballanche, se ha encontrado solo al principio y al fin de mi carrera, y ha sido testigo de mis relaciones rotas por el tiempo, como yo lo fui de las suyas arrastradas por el Ródano: los ríos minan siempre sus riberas.

Revisado el 22 de febrero de 1845.

EMBAJADA DE ROMA. — TRES ESPECIES DE MATERIALES. — DIARIO DE VIAJE

Los capítulos anteriores que acabo de escribir en 1839 se unen a éstos de mi embajada de Roma, escritos en 1828 y

1829, hace diez años. Mis *Memorias*, como *Memorias*, han ganado con la historia de la vida de la señora Recamier: otros personajes han sido traídos a la escena: se ha visto a Nápoles bajo Murat, a Roma bajo Napoleón, al papa vuelto en libertad a San Pedro; se han conservado cartas inéditas de madama de Staël, de Benjamín Constant, de Canova, de La Harpe, de la señora de Genlis, de Luciano Bonaparte, de Moreau, de Bernadotte, de Murat; escritos de Benjamín Constant, que le presentan bajo un nuevo aspecto. He introducido al lector en un pequeño *cantón separado* del imperio, mientras que este imperio cumplía su movimiento universal: ahora me veo llevado a mi embajada de Roma. Así habrá descansado el lector de mí con un asunto extraño, y siempre habrá sido un beneficio para él.

Para este libro de mi embajada en Roma han abundado los materiales, que son de tres clases:

Los primeros contienen la historia de mis sentimientos íntimos, y de mi vida privada, expuesta en las cartas escritas a la señora Recamier.

Los segundos refieren mi vida pública, y son los despachos.

Los terceros son una mezcla de pormenores históricos sobre los papas, sobre la antigua sociedad de Roma y sobre los cambios ocurridos en esa sociedad de siglo en siglo.

Entre esas investigaciones se encuentran pensamientos y descripciones, fruto de mis paseos. Todo esto fué escrito en el espacio de siete meses, tiempo de la duración de mi embajada, en medio de las fiestas o de ocupaciones graves. No obstante, mi salud estaba quebrantada: yo no podía levantar los ojos sin experimentar deslumbramientos, y para admirar el cielo me veía obligado a colocarlo a mi alrededor, subiéndolo a lo alto de algún palacio. Pero curé el cansancio del cuerpo con la aplicación del espíritu: el ejercicio de mi pensamiento renueva mis fuerzas físicas: lo que mataría a otro, a mí me hace vivir.

Revisando todo esto, una cosa me ha llamado la atención; al llegar a la ciudad eterna siento cierto disgusto, y creo por un momento que todo ha cambiado; poco a poco se apodera de mí la fiebre de las ruinas, y termino, como mil otros viajeros, por adorar lo que en un principio me había dejado frío. La nostalgia es la aspiración al país natal en suelo extran-

jero: en las orillas del Tíber, también se padece el *mal del país*, pero produce un efecto opuesto a su efecto acostumbrado, porque se encuentra uno acometido del amor de la soledad y del disgusto de la patria. Yo había experimentado ya ese *mal* en mi primera permanencia, y he podido decir:

Agnosco veteris vestigia flamma.

Ya se sabe que en la formación del ministerio Martignac el solo nombre de la Italia había disipado el resto de mis repugnancias; mas nunca estoy seguro de mis disposiciones en materia de alegrías. No bien hube marchado con la señora de Chateaubriand, cuando en el camino se apoderó de mí una tristeza natural. Fácil será convencerse de ello por mi diario de viaje.

«Lausana, 22 de septiembre de 1828.

»He salido de París el 14 del mes actual, y el 16 pasé a Villeneuve-sur-Yonne: ¡cuántos recuerdos! Joubert desapareció; el palacio abandonado de Passy ha mudado de dueño; me han dicho: «Sed la cigarra de la noche.» «*Esto cicada noctium.*»

«Arona, 25 de septiembre.

»Al llegar a Lausana el 22, seguí el camino por donde desaparecieron otras dos mujeres que me habían querido bien, y que en el orden de la naturaleza, me debían sobrevivir: la una, la marquesa de Custine, fué a morir a Bex; y la otra, la duquesa de Duras, aun no hace un año corría al Simplón, huyendo ante la muerte que la asaltó en Niza.

»*Noble Clara*, digna y constante amiga! Tu memoria no vive ya en estos sitios; los ojos se apartan de esta tumba, tu nombre se borra, y el mundo te olvida.»

»La última carta que recibí de la señora de Duras revela la amargura de esta última gota de la vida que tenemos todos que apurar.»

«Niza, 14 de noviembre de 1828.

»Os he enviado un *asclepias carnata*: éste es un laural rampante que no teme al frío, y produce una flor encarnada como la camelia, que huele muy bien;

colocado debajo de las ventanas de la Biblioteca del Benedictino.

»Os diré una palabra acerca de mí: siempre lo mismo: me voy aniquilando lentamente en mi canapé, donde paso todo el día; es decir, todo el tiempo que no voy en carruaje o de paseo, lo que no puede pasar de media hora. Reflexiono sobre el pasado: ha sido mi vida tan agitada y variada, que no puedo decir que sienta gran aburrimiento: con sólo que pudiera coser o bordar, no me consideraría desgraciada. Mi vida presente está tan lejos de mi vida pasada, que me parece que estoy leyendo memorias o viendo un espectáculo.

»Así es que volví a Italia privado de mis apoyos, como había salido de ella hace veinticinco años. Pero en aquellos tiempos yo podía reparar mis pérdidas: hoy, ¿quién había de querer asociarse a algunos días cansados? Nadie se cura de vivir en una ruina.

»Si Italia había perdido algo de su brillo cuando mi viaje a Verona en 1822, en este año de 1828 me pareció más descolorido todavía; he medido los progresos del tiempo. Recostado en el balcón de la posada en Arona, contemplaba las riberas del lago Mayor, teñidas con el sol de Poniente y bordeadas de olas azuladas. Nada más bello que aquel paisaje que realzaba el castillo con sus almenas. Aquel espectáculo no me causaba placer ni sentimiento. Los años de la primavera se asocian a todo lo que les hace ver sus esperanzas: un joven camina errante con sus amores o con los recuerdos de la dicha ausente. Si carece de vínculos, los busca, y se lisonjea de encontrar a cada paso alguna cosa: acompañanle pensamientos de felicidad, y esa predisposición de su alma se refleja sobre los objetos.

»Además, veo menos la pequeñez de la sociedad actual cuando me encuentro solo. Entregado a la soledad en que Bonaparte dejó al mundo, apenas oigo las generaciones débiles que pasan y suspiran a orillas del desierto.»

«Bologna, 28 de septiembre de 1828.

»En Milán he contado, en menos de un cuarto de hora, diez y siete jorobados que han pasado por delante de la ventana de mi posada. La peste alemana ha hecho deforme a la joven Italia.

»He visto en su sepulcro a San Carlos

Borromeo, cuya cuna toqué en Arona. Hacía doscientos cuarenta y cuatro años que estaba muerto, y nada tenía de hermoso.

»En Borgo San Donnino acudí apresuradamente la señora de Chateaubriand a mi cuarto a horas altas de la noche; había visto caer sus vestidos y su sombrero de paja de las sillas donde estaban colgados, y había deducido que nos hallábamos en una posada visitada por los espíritus o habitada por ladrones. Yo no había experimentado ninguna conmoción en mi cama, pero se había hecho sentir un temblor de tierra en el Apenino: lo que derroca las ciudades bien puede hacer caer los vestidos de una mujer. Eso dije a la señora de Chateaubriand, añadiendo, además, que había atravesado sin accidente en España, en la vega del Jenil, una aldea que la víspera había sufrido un temblor de tierra. Estos consuelos no tuvieron el menor éxito, y nos apresuramos a abandonar aquella caverna de asesinos.

»La continuación de mi viaje me fué mostrando por todas partes la fuga de los hombres y la inconstancia de las fortunas. En Parma vi el retrato de la viuda de Napoleón: esta hija de los Césares es ahora la mujer del conde de Neipperg: la madre del hijo del conquistador ha dado hermanos a aquel hijo, y hace garantizar las deudas que contrae por un Borbón que vive en Luca, y el cual debe, en su caso, heredar el ducado de Parma.

»Bologna me parece menos desierta que en la época de mi primer viaje. He sido recibido con todos los honores que se tributan a los embajadores: visité un hermoso cementerio; yo nunca olvido a los muertos; ésta es nuestra familia.

»Nunca había admirado tanto a los Carracci como en la nueva galería de Bologna. Me pareció ver a la Santa Cecilia, de Rafael, por la primera vez; mucho más divina estaba que en el Louvre, bajo nuestro cielo embadurnado de hollín.»

«Ravena, 1.º de octubre de 1828.

»En la Romaña, país que no conocía, se ven diseminados en lo alto de diferentes montecillos, como compañías de pichones blancos, una porción de pueblos con sus casas revestidas de una cal de mármol. Cada uno de ellos ofrece algunas obras maestras de las artes modernas

o algunos monumentos de la antigüedad. Aquel cantón de Italia contiene toda la historia romana: sería preciso recorrerlo con Tito Livio, Tácito y Suetonio en la mano.

»Pasé por Imola, obispado de Pío VII, y por Faenza. En Forlì me aparté de mi camino para visitar el sepulcro de Dante, en Ravena. Al acercarme al monumento, se apoderó de mí un estremecimiento de admiración que causa una gran fama, cuando esa fama ha sido de desgracia. Alfieri, que tenía sobre la frente *il pallor della morte e la speranza*, se prosternó sobre aquel mármol, dirigiéndole esta exclamación: *¡Oh gran padre Alighieri!* Delante del sepulcro me aplicaba este verso del purgatorio:

... .. Frate,
Lo mondo è cieco, e tu vien ben da lui.

»Se me aparecía Beatriz, y yo la veía tal como estaba cuando inspiraba a su poeta el deseo de *suspirar y de morir de llanto*:

Di sospirare, e di morir di pianto.

»¡Oh piadoso canto mío — exclama el padre de las musas modernas—: anda ahora con lágrimas a buscar a las mujeres y a las jóvenes a quienes tus hermanas habían acostumbrado a llevar la alegría! Y tú, que eres hija de la tristeza, vete desconsolada a vivir con Beatriz.

»No obstante, el creador de un nuevo mundo de poesía olvidó a Beatriz, cuando ésta abandonó la tierra, y no volvió a encontrarla para adorarla en su genio, sino cuando estuvo desengañado. Beatriz le reconviene cuando él se prepara a mostrar el cielo a su amante. «Yo lo he sostenido (a Dante) — dijo a las potencias del paraíso—; yo lo he sostenido algún tiempo con mi rostro y mis ojos de niña; mas cuando toqué al umbral de mi segunda edad y cambié de vida, me abandonó y se entregó a otros.»

»Dante rehusó volver a su patria al precio de un perdón, y contestó a un pariente suyo: «Si para volver a Florencia no hay más camino que el que se me ha abierto, no volveré. En todas partes puedo contemplar las estrellas y el sol.» Dante negó sus días a los florentinos, y Ravena les negó sus cenizas, a la sazón misma que Miguel Angel, genio resucitado del poeta, se disponía a decorar en Florencia el monumento fúnebre del que había aprendido *come l'uom s'eterna*.

»El pintor del *Juicio final*, el escultor de *Moisés*, el arquitecto de la *Cúpula de San Pedro*, el ingeniero del *antiguo baluarte de Florencia*, el poeta de los *Sonetos dirigidos a Dante*, se unió a sus compatriotas, apoyando con estas palabras la exposición que presentaron a León X: *Io Michel Agnolo, scultore, il medesimo a Vostra Santità supplico, offerendomi al divin poeta fare la sepoltura sua condecete e in loco onorevole in questa città*.

»Miguel Angel, cuyo cincel quedó engañado en su esperanza, acudió al lápiz para erigir al poeta otro mausoleo. Dibujó los principales asuntos de la *Divina Comedia* en las márgenes de un ejemplar en folio. El buque que llevaba de Liorna a Civitavecchia ese doble monumento, naufragó.

»Me volvía todo conmovido y sintiendo algo de esa emoción mezclada de terror divino que experimenté en Jerusalén, cuando mi *cicerone* me propuso conducirme a la casa de lord Byron. ¿Qué me importaban Childe-Harold y la señora Giuccioli en presencia de Dante y de Beatriz? A Childe-Harold le faltan aún la desgracia y los siglos: que aguarde el porvenir. Byron fué mal inspirado en su profecía del Dante.

»Volví a encontrar a Constantinopla en San Vidal y San Apolinario. Honorio y su gallina nada me importaban y me agradaban más Placidia y sus aventuras, cuyo recuerdo se me presentaba en la basílica de San Juan Bautista: ésta es la novela entre los bárbaros. Teodorico permanecía grande, a pesar de haber hecho morir a Boecio. Aquellos godos eran de una raza superior. Amalasonte, desterrada a una isla del lago de Bolsena, se esforzó con su ministro Casiodoro en conservar todo lo que restaba de la civilización romana. Los exarcas llevaron a Ravena la decadencia de su imperio. Ravena fué bombardeada en tiempo de Astolfo, y los carlovingios la devolvieron a Roma. Se hizo súbdita de su arzobispo; luego se cambió de república en tiranía; y, finalmente, después de haber sido guelfa o gibelina, luego de haber formado parte de los Estados Venecianos, volvió a la Iglesia en tiempo del papa Julio II, y hoy sólo vive por el nombre de Dante.

»Esta ciudad, que Roma encarnó en su seno en edad avanzada, tuvo desde su origen algo de la vejez de su madre. A ser preciso, yo viviría bien aquí, y me

agradaría ir a la columna de los franceses, erigida en memoria de la batalla de Ravena. Allí se encontraron el cardenal de Médicis (León X) y Ariosto, Bayardo y Lautrec, hermano de la condesa de Chateaubriand. Allí murió, a la edad de veinticuatro años, el gallardo Gastón de Foix. A pesar de toda la artillería disparada por los españoles, los franceses avanzaron sin cesar, dice el *Leal Servidor*; desde que Dios crió el cielo y la tierra, no ha habido un asalto más terrible entre franceses y españoles. Descansaban unos delante de los otros a fin de tomar aliento, y después, bajando los ojos, volvían a la carga, gritando: *¡Francia y España!* No quedaron de tantos caballeros más que unos cuantos guerreros, que habiendo conquistado entonces la gloria vistieron el sayal.

»Se veía también en alguna cabaña a una joven que, dando vueltas a su huso, enredaba sus delicados dedos en el cáñamo, notándose que no estaba acostumbrada a semejante vida; era una Trivulzi. Cuando al través de su puerta entreabierta veía reunirse dos olas en la extensión de las aguas, sentía que su tristeza aumentaba; aquella mujer había sido amada de un gran rey, y continuaba marchando tristemente por un camino aislado desde su cabaña a una iglesia abandonada y desde ésta a su hogar.

»La antigua selva que yo atravesaba estaba compuesta de pinos aislados semejantes a mástiles de galeras enclavados en la arena. El sol estaba próximo a su ocaso cuando salí de Ravena, y a lo lejos oí el sonido de la campana que llamaba a los fieles a la oración.»

«Ancona, 3 y 4 de octubre.

»De vuelta a Forlì, lo dejé otra vez sin haber subido a sus ruinosos baluartes, sin saber cuál fué el sitio en donde la duquesa Catalina Sforza declaró a sus enemigos, dispuestos a degollar a su hijo único, que todavía podía ser madre. Pío VII, natural de Casena, fué fraile en el admirable convento de la *Madona del Monte*.

»Crucé junto a Savignano el lecho de un pequeño torrente: cuando me dijeron que había dejado el Rubicón, parecióme que se levantaba un velo y veía la tierra del tiempo de César. Mi Rubicón, para mí, es la vida, y desde hace mucho tiempo he pasado ya su primera orilla.

»En Rímini no hallé ni a Francisca ni

la otra sombra de su compañera que parecían tan ligeras al viento:

E paion si al vento esser leggieri.

»Rimini, Pésaro, Fano y Sinigaglia me llevaron a Ancona sobre puentes y caminos dejados por los Augustos. En Ancona se celebra hoy la fiesta del papa, y oigo la música en el arco triunfal de Trajano: doble soberanía de la ciudad eterna.»

«Loreto, 5 y 6 de octubre.

»Hemos venido a dormir a Loreto. El territorio presenta un modelo perfectamente conservado de la colonia romana. Los aldeanos arrendatarios de Nuestra Señora viven cómodamente y parecen felices; las aldeanas, hermosas y alegres, llevan una flor en sus cabellos. El prelado gobernador nos dió hospitalidad. Desde lo alto de los campanarios, y desde la cima de algunas eminencias de la ciudad, se contemplan risueñas perspectivas sobre las campiñas, sobre Ancona y sobre el mar.

»A las doce de la noche estaba yo recogido en un lecho de ocho pies cuadrados, consagrado por Bonaparte: una lámpara disipaba apenas la obscuridad de mi cuarto; de repente se abre una puerta pequeña, y veo entrar misteriosamente a un hombre acompañado de una mujer que llevaba un velo echado. Me incorporé sobre el codo, y le miro. El se acerca a mi cama y se apresura, inclinándose hasta el suelo, a pedirme perdón por turbar de aquel modo el sueño del señor embajador; pero es viudo; es un pobre intendente que desea casar a su *ragazza*, allí presente, pero, por desgracia, le falta algo para su dote. En esto levanta el velo de la huérfana, que era descolorida, muy bella y tenía los ojos bajos con una modestia pudorosa. Aquel padre de familia quería, al parecer, marcharse y dejar a la novia que me concluyera su historia. En aquel peligro inminente no pregunté al obsequioso infortunado, como preguntó el buen caballero a la madre de la muchacha de Grenoble, si era virgen, sino que, cogiendo apresuradamente algunas monedas de oro de la mesa que estaba junto a mi cama, se las di, para hacer honor al rey mi amo, a la *zitella*, cuyos ojos no estaban hinchados en fuerza de haber llorado. La joven me besó la mano con infinito reconocimiento: yo no pronuncié una palabra, y vol-

viéndome a dejar caer sobre el inmenso lecho, como si quisiera dormir, desapareció la visión de San Antonio. Di gracias a mi patrón San Francisco, cuya fiesta era aquel día, y permanecí en las tinieblas, medio risueño y medio pesoso, profundamente admirado de mis virtudes.

»Así era, sin embargo, cómo yo sembraba el oro y era embajador, alojado con toda pompa en casa del gobernador de Loreto, en aquella misma población en que el Tasso se había visto hospedado en tan mezquino chiribitil, y en donde, por falta de dinero, no podía continuar su camino. Pagó su deuda a Nuestra Señora de Loreto con su *canzone*:

Ecco fra le tempeste e i fieri venti.

»La señora de Chateaubriand hizo penitencia de mi fortuna pasajera, subiendo de rodillas los escalones de la santa Chiesa. Después de mi victoria de la noche, hubiera tenido más derecho que el rey de Sajonia para depositar mi traje de boda en el tesoro de Loreto; pero nunca me perdonaré a mí, pobre hijo de las musas, haber sido tan feliz y poderoso, en donde el cantor de la Jerusalén había sido tan débil y miserable. Torcuato, no me contemples en este momento extraordinario de mis inconstantes prosperidades: la riqueza no es mi costumbre: considérame en mi viaje a Namur, en mi granero de Londres, en mi enfermería de París, a fin de encontrarme alguna lejana semejanza contigo.

»No dejé, como Montaigne, mi retrato en plata en Nuestra Señora de Loreto, ni el de mi hija, *Leonora Montana, filia unica*: no he deseado sobrevivirme; pero sí una hija, y que llevase el nombre de Leonor.»

«Spoleto.

»Después de dejar Loreto y pasar por Macerata y Tolentino que marca un paso de Napoleón y recuerda un tratado, subí las últimas escabrosidades del Apenino. La meseta del monte está húmeda y cultivada como un plantío de lúpulos. A la izquierda están los mares de Grecia, a la derecha los de Iberia, y podía verme halagado a la vez por el soplo de las brisas que había respirado en Atenas y en Granada. Bajamos hacia la Umbría caracoleando en las volutas de las gargantas exfoliadas, donde en grupos de bosque se encuentran suspendidos los descen-

Alas! regardless of their doom,
The little victims play!
No sense have they of ill to come,
Nor care beyond to-day.

«¡Ay! ¡Sin cuidado por su suerte, juguetean las pequeñas víctimas! ¡Ni prevén males futuros, ni se cuidan más que del día!»

»Volví a ver Terni con sus cascadas. Una tierra plantada de olivos me condujo a Narni: luego, pasando por Otricoli, fuimos a parar a la triste Civita-Castellana. Hubiera deseado ir a *Santa Maria di Falleri*, para ver una ciudad que no tiene más que la piel, su recinto: en lo interior estaba vacía: la miseria humana hace pensar en Dios. Dejemos pasar mis grandezas, y volveré a buscar la ciudad de los Faliscos. Desde el sepulcro de Nerón voy a mostrar en seguida a mi mujer la cruz de San Pedro, que domina la ciudad de los Césares.»

«Civita-Castellana.

»En Monte Lupo el conde Potocki se sepultó entre deliciosos laureles; pero, ¿no le siguieron los pensamientos de Roma? ¿No se veía trasladado en medio de los coros de doncellas? Yo también, como San Jerónimo, pasé en mi tiempo el día y la noche en exhalar gemidos, hiriéndome el pecho hasta que Dios me enviaba la paz. Siento no ser ya lo que he sido: *plango me non esse quod fuerim*.

»Después de pasar las ermitas de Monte Lupo, comenzamos a rodear el Somma. Yo había seguido ya este camino en mi primer viaje de Florencia a Roma por Perugia, acompañando a una mujer moribunda...

»Por la naturaleza de la luz, y por una especie de viveza de las cercanías, me hubiera creído en una de las cimas de los Alleghanis, si no fuera porque un elevado acueducto, coronado por un estrecho puente, me recordaba una obra de Roma, en que habían puesto mano los duques lombardos de Spoleto: los americanos no han llegado todavía a esos monumentos que vienen en pos de la libertad. Subí el Somma a pie junto a unos bueyes del Clitumno, que arrastraban triunfalmente a la señora embajadora. Una cabrera joven, delgada, ligera y graciosa como su cabritilla, me seguía con un hermanito suyo en aquellos opulentos campos pidiéndome la *carità*, que le di en memoria de la señora de Beaumont, de quien no se acuerdan ya aquellos sitios.

CARTAS DE LA SEÑORA RECAMIER. — LEÓN XII Y LOS CARDENALES.—LOS EMBAJADORES. — LOS ARTISTAS ANTIGUOS Y LOS MODERNOS.

Se acaba de recorrer mi diario de viaje: ahora se van a leer mis cartas a la señora Recamier, entremezcladas, como ya anuncié, de páginas históricas.

Paralelamente van también mis despachos, y aquí es donde aparecen distintamente los dos hombres que existen en mí.

A la señora Recamier.

«Roma, 11 de octubre de 1823.

»He cruzado esta hermosa comarca, llena de sus recuerdos, que me consolaban mucho, sin quitarme, no obstante, la tristeza de los demás recuerdos que a cada paso encontraba. He vuelto a ver ese mar Adriático, que crucé hace más de veinte años. ¡Y en qué disposición de ánimo! En Terni me he detenido con una pobre moribunda. Al fin he entrado en Roma. Sus monumentos, después de los de Atenas, me han parecido, como temía, menos perfectos. Mi memoria de los lugares, admirable y cruel a la vez, no me había dejado olvidar una sola piedra.

»A nadie he visto aún, a excepción del secretario de Estado, el cardenal Bernetti. Para tener con quién hablar fui